



Jesús A. Martínez, *Vietnamitas contra Franco. Letras perseguidas y espacios secretos*. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya S. A.), 2023, 344 págs.

Se hace muy difícil pensar una reseña de un libro que habla de dictadura y represión, de clandestinidad, sin oír el eco de las veleidades protototalitarias de algunos de nuestros coetáneos; cuando el veneno de las patrias se inoculara y empieza a reventar el sistema nervioso con sus paranoias, es muy difícil de resolver con antídoto alguno, suele romper en erupciones cutáneas... sobre la piel de inocentes.

La Cultura sólo lo es cuando altera la herencia tradicional (a veces transformada en Historia), sólo así pierde su pátina clasista de entretenimiento. La lectura de este ensayo es realmente de interés; porque el análisis de lo cotidiano viene a ser muchas veces la explicación del motor histórico: la imagen del reparto o de una lluvia de octa-

villas en cualquier país sin libertades siempre esconde un mundo político, intelectual y técnico que ha preparado esos hechos. Este ensayo da un exhaustivo repaso a todos estos pormenores de un brazo no muy visitado de la lucha por la libertad en nuestra última dictadura, “absuelta” por tantos y que, literalmente (se nos olvida a menudo) fue colaboradora de Hitler y tuvo similares inspiraciones antisemitas y racistas.

El autor, el Catedrático de Historia Contemporánea Jesús A. Martínez, señala que este libro es “[...] una historia de la cultura escrita clandestina en tiempos de dictadura, que aborda su producción y los circuitos por los que discurrió con todas sus implicaciones sociales, culturales y políticas” (pág. 10), por tanto este trabajo es testigo fundamental de una memoria necesaria y desde una perspectiva, insistimos, no frecuentada, además de realmente conformadora de la conciencia pública hispana: “Con estas letras clandestinas, mayores capas de la población fueron descubriendo otras posibilidades y madurando nuevas formas de pensar, aunque no tuvieran coberturas políticas precisas” (pág. 327).

Parece que ya no somos conscientes de lo que supone el control absoluto de la información y de la libertad de expresión y pensamiento por parte de un Estado secuestrado y al servicio de disfraces ideológicos, que desembocan casi siempre en intereses personales de puro egoísmo; “ropaje legal” lo llama certero el autor (pág. 25). El ocultamiento y la clandestinidad son la salida única para el pensamiento crítico o la divergencia ideológica, enfrentada a una estructura sistemática corrupta y sin ningún tipo de control salvo el interés del poder; no son pocos los testimonios citados de gentes que perdieron su libertad civil pero también sus vidas literalmente, incluyan torturas, persecuciones, presiones a familiares... Un horror tal que parece mentira lo rápido que se olvida en dos o tres generaciones.

Literatura prohibida, libros con cubiertas falsas, panfletos, folios, cuartillas, octavillas, dieciseisavos (pág. 206 y ss.), multicopias de manuscritos, carteles, pegatinas, murales, pintadas, periódicos, documentaciones duplicadas o de mentira, hojas parroquiales, hojas volanderas de todo tipo fueron la documentación de la angustia y el

riesgo de esta clandestinidad, pero también sus escritores y dibujantes (“arte de la resistencia”, pág. 297), los diseñadores (vid. pág. 245 sobre tipografía, títulos, espacios o incluso la intencionalidad de tener lugares bien regados de papeles), las jergas en clave, los sobrenombres, librerías de trastiendas peligrosas, pisos francos, familias fingidas, maletas o relojes con doble fondo, coches trucados, personajes de novela pero arriesgando sus vidas, contrabando, delaciones, heroísmos, las minervas, las imprentas ocultas, los mimeógrafos, ciclostiles, multicopistas con estenciles y las vietnamitas, versión casera de estos aparatos reproductores de textos e imágenes y la protagonista del acertadísimo título de este libro.

Leyendo, uno tiene la sensación de asistir a la gestación de la realidad actual de nuestra democracia, a pesar del reconocimiento obligado a quienes hicieron todo esto sólo con la esperanza y no con libertades, porque circulan dentro de él catalanistas, euskerófilos, galaicas, republicanas, progresistas (también estalinistas, maoístas, castristas y demás obnubilados del comunismo), feministas, cristianos de base, liberales, reformistas, y sin poder evitar las polémicas cruzadas por escrito entre ellos mismos (pág. 208), todos cuantos hoy formamos la diversidad plural de España, salvo quienes entonces, como hoy, parecen acaparar la razón de ser de nuestra sociedad y perseguían y hoy lloran con la nostalgia del niño desposeído.

Es relevante el análisis del movimiento universitario (págs. 163 y ss.), cómo el crecimiento económico, siempre al servicio de las élites dictatoriales, triplicó el número de estudiantes de 1940 a 1970, y esto fue determinante en la caída del propio régimen... Da qué pensar, no se trata de una exaltación del capital, tan solipsista ayer como hoy,

sino de cómo siempre hay una alternativa a la violencia y cómo, más allá del debate sobre las estructuras económicas, el fomento de la formación suele ser rentable para las libertades y la convivencia; la ceguera del poder siempre radica en esta doble fuerza antagónica, su crecimiento sostenido conlleva su disolución o al menos su transformación.

“Las octavillas eran como el acto supremo del clandestino, la prueba de su arrojo y de su compromiso y el medio para exteriorizar su sagrada misión”. Cita el autor a alguien que ante la expresión “los nuestros” pregunta “¿Y nosotros de quién somos?”, y la respuesta fue “[...] bueno, de los que tiran octavillas” y no necesitó más explicaciones para decidirse a actuar contra la dictadura (pág. 276). Esta forma de expresión seguiría siendo recurso de agitación entrada ya la Transición y la propia democracia. “Fue un fenómeno transversal de la actividad clandestina, cualquiera que fueran su naturaleza y objetivos” (pág. 225), no constituyendo patrimonio de ningún colectivo y llegando a ser utilizada incluso por grupos del propio régimen y afines pero descontentos (pág. 227). Como es de esperar, también hubo contrasubversión por medio de las octavillas, movidas por la policía y los servicios secretos (pág. 230).

El libro está profusamente ilustrado con cientos de imágenes de los documentos originales, la maquetación lo convierte casi en una publicación sobre Arte, lo que supone un atractivo más para sumar a sus méritos, uno no sabe si entretiene o enseña, o sí: enseña y entretiene, con máximo rigor. Una obra necesaria.

Francisco Silvera
Universidad de Valladolid